

a su lector. Por todo ello, con este libro de Sandoval auguramos a la editorial *Criterio Libros*, que de nuevo hace gala de lo mejor de su proyecto empresarial, un éxito editorial.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

***Umberto Muratore: ANTONIO ROSMINI.  
VIDA Y PENSAMIENTO***<sup>(\*)</sup>

Umberto Muratore, sacerdote de la Congregación que fundó Rosmini y, por tanto, escritor no imparcial, al menos desde el sentimiento, ha escrito un interesante libro sobre una de las figuras más interesantes de la Italia del siglo XIX: Antonio Rosmini (1797-1855).

Cuando me refiero a la no imparcialidad no resto méritos ni avanzo críticas. Es lógico que jesuitas escriban biografías de San Ignacio y miembros del Opus Dei, del Beato Escrivá. Dichas obras pueden ser excelentes estudios biográficos, simples hagiografías o deleznable acumulaciones de hiperbólicas loas sin el menor bagaje crítico. Lo que quiero decir del libro de Muratore es que está escrito desde la comunión. Con la figura y el pensamiento rosminiano. Lo que parece normal y no criticable. Pero debe tenerse en cuenta. Esto, que hasta hace poco tiempo era lo habitual en historiadores de órdenes y congregaciones religiosas, hijos de las mismas, hoy parece hacer quiebra y abundan los miembros de estos institutos que ponen de chupa de dómine a sus fundadores. No es el caso de Muratore y ello le honra.

El libro está dividido en dos partes. En la primera (págs. 15-201) se estudia la vida de Rosmini y en la segunda (págs. 205-318) se estudian sus ideas. No voy a entrar en esta última, pues una filosofía compleja y discutida como la del roveretano requiere más especialización que la de este comentarista y además precisaría contraponer sus ideas con las de sus contradictores en un

---

(\*) BAC, Madrid, 1998, 318 págs.

largo trabajo filosófico que excede mis saberes y sobre todo la extensión que quiero dar a esta información bibliográfica.

De la primera parte resulta la imagen de un santo sacerdote que edificó a la Italia de la primera mitad del siglo XIX —mejor dicho, al Piamonte sobre todo, y también a las posesiones austriacas y a los Estados Pontificios, pues Italia aun no existía—, con su vida y sus obras, hasta que la tormenta, no suficientemente explicada, se cernió sobre su figura y su actividad.

De noble familia y acomodada situación, el primogénito Rosmini, a quien el mundo aseguraba un porvenir espléndido, decide hacerse sacerdote. Muy dotado para el estudio, enseguida comienza a escribir y, al final de su vida, se contarán por miles las páginas editadas sobre los más variados temas: filosofía, teología, moral, derecho, política, ascética, pedagogía...

Ordenado sacerdote en 1821, enseguida se acreditará por su celo y sus caridades así como por su facilidad de relación con multitud de personas, no pocas de ellas ya figuras, o lo serán después, de la Iglesia, la literatura y la política. Cuatro Papas, Pío VII, Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX le conocen personalmente. Y era una de las más firmes promesas de la Iglesia italiana.

Funda los Hijos de la Caridad, de los que será superior general hasta su muerte y, poco después, las Hermanas de la Providencia. Pronto, y pese a haber tenido una audiencia con el emperador de Austria, comienzan las dificultades con quienes entonces ocupaban buena parte del norte de Italia y que, pese a los restos del josefismo ultrarregalista, eran el más firme sostén del gobierno pontificio. ¿Por qué? El autor no lo explica pero la desconfianza austriaca era evidente hasta frustrar la fundación en Trento de los Hijos de la Caridad (págs. 99-100, 103). Incluso se le retira el pasaporte. Estamos en 1834. ¿Era ya Rosmini un activista de la expulsión austriaca? No lo sabemos. Pero lo que parece cierto es que los Habsburgos no le tenían por uno de los suyos (pág. 103).

La aprobación pontificia del Instituto de la Caridad supone no pocas dificultades (págs. 121-123). Y tampoco resultan claras las mismas de la relación de Muratore. ¿Era sólo la matización sobre el voto de pobreza que introducía Rosmini? Los obstáculos pues-

tos al colegio médico de San Raffaello que impiden se lleve a cabo (págs. 127-129) son una incógnita más que el autor no despeja. El cardenal Castracane, amigo del fundador, le había hecho saber que "los cardenales miran con desconfianza lo que proviene de Rosmini". ¿Por qué? Sería bueno saber los motivos de esa desconfianza. Pero, una vez más, silencio absoluto de Muratore.

Polémicas con Mamiani (pág. 111) y con Gioberti (págs. 135-136) y nuevos ataques al activo sacerdote, que llegan a acusarle de herejía (págs. 134-141). En 1841, un folleto anónimo —el seudónimo de *Eusebio Cristiano* no parece que se haya descifrado—, lanza sobre él tremendas acusaciones a las que Rosmini, pensando en el daño que puede ocasionarse a su congregación, responde con un folleto y, algo después, con la primera parte del libro *Las nociones de pecado y de culpa aclaradas*, ya que sus tesis sobre el pecado original parece que estaban en el punto de mira de sus adversarios. Poco después, el P. Rozaven, de la Compañía de Jesús, le dispara un torpedo en *L'Ami de la Religion*: "conocemos a otro escritor más célebre que Rosmini, el cual gozaba también de una gran estima, ¿y qué ha sido de él?". La alusión a Lamennais era meridiana. Gregorio XVI zanja la cuestión ordenando al general de los jesuitas y al superior del Instituto de la Caridad que no se escriba más sobre esta controversia (pág. 141). Pero nos hemos quedado sin conocer, por el relato de Muratore, cuáles eran las acusaciones y qué fundamento tenían. También será una incógnita el porqué de las graves reticencias de la Compañía de Jesús sobre Rosmini si bien sabemos de la admiración de éste por San Ignacio.

Tal vez la actuación más comprometida del roveretano fue la que emprendió, por encargo del Gobierno del Piamonte, ante Pío IX (págs. 146-150). La guerra con Austria se encaminaba al desastre y Carlos Alberto necesitaba el apoyo de Roma. La biografía no dice nada de cuáles eran las ideas políticas de Rosmini al respecto, pero cabe suponerlas favorables, si no a la unidad italiana bajo la dinastía piamontesa, al menos a la expulsión de los austriacos. No hemos leído el *Apéndice sobre la unidad de Italia*, por lo que no podemos decir nada sobre ello. Y tampoco lo dice Muratore. El hecho de que publicara una serie de artículos sobre

la *Constitución del reino de la Alta Italia* en el periódico de Cavour nos indica algo acerca de cuáles eran sus simpatías. Pero evidentemente son demasiados silencios en el autor. En el libro que comentamos apenas se dice que sostenía para la península "una confederación de Estados", sin precisar quién había de presidirla.

Parece también que por entonces —estamos en 1848—, Rosmini escribía a su amigo el cardenal Castracane una serie de consejos políticos dirigidos a Pío IX. "Algunos de los consejos que Rosmini comunicaba al Papa en aquellos meses eran verdaderamente prudentes. Recordemos aquí el proyecto de Constitución para el Estado romano, la calurosa recomendación de no ignorar y mucho menos contradecir, el ya imparable proceso de liberación y de unificación nacional; el deber moral que tiene un jefe de Estado de oponerse, si es necesario con la fuerza, a cualquier país (aunque se trate de Austria) que, con injusticias, sea causa de constante inquietud para pueblos que no le pertenecen; el peligro de que se cree en Italia, si el Papa obstaculiza legítimas tendencias, una insuperable ruptura entre Estado e Iglesia y una deplorable división entre clero y pueblo" (pág. 148). La idea de "prudencia" que tiene Muratore es, al menos, algo peculiar.

No debemos juzgar desde la perspectiva de hoy los sucesos de antaño. Ahora conocemos el desenlace. Entonces no se sabía qué podía ocurrir. Ni tampoco que, a la larga, la pérdida del poder temporal del Pontífice sería un bien para la Iglesia. Entonces parecía una tremenda desgracia y con gravísimas consecuencias para la libertad del Romano Pontífice en el gobierno de la Iglesia. Las derrotas que acabaron con la hegemonía austriaca: Solferino, Sadowa, estaban por venir. Y gracias al apoyo del emperador de los franceses y del rey de Prusia que no estaba asegurado. Los consejos rosminianos llevaron al desastre y a la fuga de Pío IX a Gaeta. Que seguramente también se habría producido sin tales consejos.

La embajada de Rosmini fracasó. El Gobierno de Turín le dejó colgado y la revolución de Roma se precipitó tras el asesinato de Rossi, ministro del Papa. Si en algún momento Pío IX, en su desesperación al no poder controlar la situación que se le iba de las manos, pensó en hacerle cardenal y encomendarle la secreta-

ría de Estado, todo se desvaneció con la huida y el refugio en el reino de las Dos Sicilias. Quien recomendaba arreglos y contemporizaciones no podía ser bien visto en el destierro pontificio aunque el Papa le demostrara benevolencia cuando Rosmini le siguió a la ciudad de Gaeta.

Sus enemigos, que nunca hemos sabido quiénes eran por el relato de Muratore, logran del Pontífice que *La Constitución civil según la justicia social* y *Las cinco llagas de la Santa Iglesia* sean llevadas al *Índice* (pág. 152). Y una vez más desconocemos los motivos. Salvo que había unas gentes malísimas empeñadas en hacer la pascua, naturalmente sin motivo alguno, a este santo sacerdote. Pues nos parece muy escasa aclaración decir que en aquellos libros "había recogido algunas de sus ideas sobre la democracia liberal y sobre la santidad y libertad de la Iglesia" (pág. 152). Ya sabemos que el Santo Oficio era malísimo y cerradísimo pero de ahí a condenar un libro que defendía la santidad y la libertad de la Iglesia va mucho trecho. Algo más habría.

A partir de entonces Rosmini se retira a Stresa y se ocupa únicamente de la dirección de su instituto y en recibir a los amigos. Vive santamente y, cómo no, sigue escribiendo. Era un caído y sus enemigos se abaten sobre él (pág. 160). Aunque seguimos sin saber quiénes eran. Y en qué consistían los ataques pues es mucha generalidad pintarle "como una especie de monstruo de doble personalidad: cazador de herencias, explotador de los pobres, ladrón, astuto, espía de Austria, antiliberal, anticlerical y masón" (pág. 160). Dos libelos, uno del jesuita Ballerini, le atacan inmisericordemente (págs. 163-165) y hasta se le intenta envenenar, según el propio Rosmini, en un relato bastante inverosímil (págs. 182-183).

Sus obras, excepto las ya condenadas, son sometidas a un concienzudo examen, ordenado por Pío IX (1850), del que salen victoriosas cuatro años después. Eran los últimos días rosminianos que, tras una vida de muy endeble salud, moría santamente el 1 de julio de 1855.

Pero no con ello llegaría la paz sobre Rosmini. En 1888 el Santo Oficio declara que cuarenta proposiciones sacadas de las

obras del sacerdote “no parecen estar de acuerdo con la verdad católica” (pág. 196). Sus enemigos parece que han triunfado. Pero no fue así. A partir de Juan XXIII se reivindica la figura del rovetano, los Papas hacen abiertos elogios de él y en 1994 se abre su causa de beatificación (pág. 199). Nada podemos aventurar sobre la suerte que correrá la misma pero, sin duda, es un reconocimiento póstumo. Como el reciente Documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe de 1 de julio de 2001.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

**Alberto Wagner de Reyna: CRISIS EN LA ALDEA GLOBAL. ENSAYOS DE FILOSOFÍA Y FE CRISTIANA (\*)**

El diplomático, filósofo y escritor peruano Alberto Wagner de Reyna (Lima, 1915), en la plenitud serena que da la edad cuando se goza de la gracia de no haber perdido facultades, reúne en este cuidado volumen textos escritos a lo largo de medio siglo y al azar de su trashumancia diplomática por Europa y América. Pero son ensayos todos pensados desde Hispanoamérica y que —escribe irónicamente el autor— versan sobre un único tema: del hombre y sólo del hombre, en la doble dimensión de la naturaleza y de la gracia, esto es, de la historia y frente a la eternidad.

La primera parte lleva por rúbrica “La encrucijada de hoy” y gira en torno de la modernidad y sus transformaciones. Una modernidad (incluida su fase postmoderna o hipermoderna) compleja y opaca, pero al mismo tiempo simplista y chillona. Las líneas de fuerza que dibujan la historia nos han llevado a la modernidad, a cuya culminación asistimos en la mundialización técnica, tecnológica y económica, y que nos han conducido hasta la “aldea global”, forma de civilización (o de barbarie) que está en crisis. Ahora bien, la crisis no es tanto la de la modernidad o la mundialización, sino la de la humanidad: “La aldea glo-

(\*) Ediciones del Copista, Córdoba, Argentina, 2000, 276 págs.